**Metamorfosis clandestina**

La arquitectura venezolana tiene dos etapas: el día de la inauguración y todo el resto.

En el ámbito público la inauguración es un día en el cual se reúne mucha gente a ver una obra incompleta y mancharse la ropa con barandas recién pintadas. Nadie sabe todas las cosas que faltaron por hacerse, ni todas las que han acordado ejecutarse luego de iniciado su funcionamiento; las cuales además habrán de traspapelarse entre triplicados de facturas y cheques sin firmar. El día siguiente es aún más llamativo, se exhibe una cuantiosa cantidad de colores que bailan al ritmo de la brisa componiendo una obra puntillista de basura. Los primeros exploradores de estos espacios suelen ser temerarios y buscan la forma de habitar rincones incomprensibles, pero como siempre, habrán de lograrlo a través de la transformación. Se harán de los espacios que no se pensaron para eso sino para otra cosa, llenando los vacíos y desocupando los llenos.

El ámbito privado es muy distinto, la inauguración más exorbitante puede ser la obtención del permiso de habitabilidad y el resto es un período diluido entre pasillos callados y cuartos habitados por el eco. La actividad de estos recintos vendrá dada con el tiempo cuando sus ocupantes comiencen a colonizar los llamados hogares, denotándolos con banderas de ropa colgando en la ventana, pintorescas rejas que sostienen un encerrado estilo de vida y, gracias a las consideraciones bioclimáticas nunca tomadas en cuenta, una erupción de granos de aire acondicionado que infecta al pobre edificio que no tuvo culpa alguna de haber nacido en un incomprendido trópico.

En cualquier caso, lo más resaltante es ver como se han pasado los años en un inmenso huracán de dinero, un deterioro galopante de la miopía del arquitecto y un constante retraso de las obras, para que ese objeto final exista como tal únicamente el día previo a la inauguración. Posteriormente iniciará la segunda etapa de su existencia, ese fascinante proceso de metamorfosis en el que el envejecimiento comienza el primer día.

Podría pensarse que resulta evidente pero no es así, los espacios parecen no haber estado nunca listos para aceptar su ocupación; algunos inclusive llegan a oponer resistencia. Es por eso que la imagen que se suele vender de los proyectos tal vez debería empezar a incluir una primera aproximación de todas las modificaciones que vendrán, y tener así una imagen más clara de como lucirá.

A través de estas marcadas diferencias entre las dos etapas antes anunciadas, es que resulta tan fácil reconocer los espacios desocupados. Los mayores signos de vida no son siluetas humanas sino los objetos producto de su colonización.

Si tuviéramos alguna salida genial a este planteamiento no dudaríamos en hacerla pública, pero la verdad es que la pregunta y las preocupaciones siguen sobre el tapete ¿cómo hacer que los espacios satisfagan a sus habitantes al punto de evitar las alteraciones?